

AYUDA SEMANARIO DE LA SOLIDARIDAD ANTIFASCISTA

AÑO II.—NÚM. 46

Madrid, 13 de marzo de 1937

Precio: 15 cts.

Nuestros combatientes se batían hoy con el mismo heroísmo que en el mes de julio. Esa bravura encuadrada en la disciplina que nos da la creación del Ejército popular, nos deparará la victoria si la retaguardia, cumpliendo con su deber, hace carne suya todas las consignas. ¡Evacuación de las mujeres y niños de Madrid! ¡Supeditación de todas las industrias a las necesidades de la guerra! ¡Obediencia absoluta de todos a las órdenes del Gobierno del Frente Popular! ¡Que la vanguardia y retaguardia sean un solo frente cara al fascismo invasor!

¡El 18 de marzo Jornada de Solidaridad Antifascista!

La gloriosa fecha del 18 de marzo, tan rica en sugerencias y enseñanzas para los hombres y mujeres de sentimientos libres, se celebrará este año en España como Jornada de la Solidaridad Antifascista.

En el fragor de la gigantesca lucha que libra actualmente el pueblo español por su independencia y contra la barbarie fascista el 18 de marzo significa un día de fraternidad universal, de comprensión y de acercamiento entre los que aman la justicia y la paz, entre los combatientes y la retaguardia y nuestros luchadores con todos los países civilizados.

El 18 de marzo fundirá en un cálido y emocionado abrazo a los bravos combatientes de las trincheras y a los trabajadores de las ciudades; los sufrimientos de las víctimas inocentes torturadas en territorio rebelde serán una llamada apremiante al Ejército de la democracia para conseguir su pronta liberación, y los corazones generosos de todo el mundo se unirán frente al enemigo común, el fascismo sangriento y destructor.

Ese día marcharán juntos los españoles honrados y aquellos países y personas que desde el primer momento, conociendo la importancia internacional de nuestra lucha, sumaron sus energías a la causa de la España republicana y antifascista.

Figuras señeras de la Humanidad, cuyo nombre ondea a la cabeza de batallones y compañías de combatientes de la libertad; hombres y mujeres queridos por nuestro pueblo, como Thaelmann, Prestes, Anna Pauker, Rakosi y Pesenti, que sufren en las cárceles y campos de concentración, serán el 18 de marzo un nuevo estímulo para redoblar la lucha contra el fascismo nacional e internacional.

¡Españoles!

¡Cada vez más unidos contra el enemigo provocador y sangriento!

¡Estrechad los lazos entre los combatientes y la retaguardia!

¡Ayudad a las víctimas inocentes en territorio rebelde!

¡Multiplicad los esfuerzos para libertar a los prisioneros del fascismo internacional!

¡Por un 18 de marzo, por una grandiosa jornada de fraternidad humana y antifascista!

EL COMITE EJECUTIVO DEL SOCORRO ROJO
DE ESPAÑA



UN GRAN ESCRITOR AMERICANO CON EL PUEBLO ESPAÑOL

(Carta dirigida al teniente general Robert Lee Bullard, presidente de la Liga de Seguridad Nacional.)



Querido general Bullard:

En uno de los periódicos, «Hearst», de fecha 9 de agosto, he visto un artículo de primera página, atribuido a usted, con la siguiente «manchette»: «Luz sobre actividades clandestinas: los rojos entrenan militarmente a la juventud española. Que la situación de España sirva de lección a los Estados Unidos, declara Bullard.» Y en este artículo dice usted lo siguiente al pueblo americano:

«Un comunista dirige el Gobierno español de Frente Popular, y su política está haciendo de él un Gobierno soviético. Una gran parte de la población, comprendido el ejército casi entero, se ha levantado para impedir la bolchevización del país. Estos adversarios del bolchevismo tenían soldados entrenados, armas, cañones, municiones, una hábil iniciativa en las operaciones militares. Debieron haber triunfado rápidamente. ¿Por qué no ha sido así?»

Continúa usted explicando que los rojos de España habían preparado secretamente a sus afiliados, especialmente los jóvenes. El mundo se ha asombrado

del empuje de las milicias rojas. Y usted añade que eso es «significativo para los Estados Unidos, porque los rojos arman secretamente, entrenan y preparan la juventud americana con el mismo fin».

Me parece a mí que en esta historia ha omitido usted una serie de hechos significativos. No dice usted a los lectores de «Hearst» que el actual Parlamento español ha surgido de la mayoría de los votos del pueblo español. El Gobierno designado por este Parlamento representa la voluntad del pueblo español. Esa «gran parte de la población» que se opone al Gobierno, se rebela contra la voluntad del pueblo español. ¿Cómo es que simpatiza usted con los insurgentes, y quiere que sus lectores compartan su manera de ver?

Me figuro, general Bullard, que el pueblo americano tiene derecho a pedirle a usted que aclare su actitud hacia un movimiento que ha surgido contra la voluntad de un pueblo constitucionalmente expresada en las urnas. Nosotros, los americanos, estamos acostumbrados a considerar a los oficiales de nuestro ejército como nuestros servidores, no como nuestros amos. Si ellos intentan dejar de servirnos, y tratan de dominarnos, cuanto más pronto lo sepamos, mejor. Yo le pido, en consecuencia, que conteste públicamente a la siguiente cuestión hipotética:

Suponga usted que en 1940, el pueblo de los Estados Unidos elige un presidente y un Parlamento que proceden constitucionalmente a promulgar un código de leyes suprimiendo el sistema capitalista para sustituirlo por un sistema de producción para todos: y suponga que «una gran parte de la población», pagada por la clase capitalista se subleva, tratando de derribar al Gobierno en cuestión y de im-

pedir la aplicación de estas leyes: ¿cuál sería la actitud de usted? ¿Consideraría usted justa esta sublevación y le prestaría usted apoyo?

Doy por sentado, por supuesto, que las leyes a las cuales he hecho alusión sean leyes constitucionales. Por ejemplo, el Congreso americano tiene plenos poderes sobre los impuestos. Puede tasar las grandes fortunas hasta llegar a suprimirlas; puede abolir la herencia; puede votar la emisión de obligaciones y, por privilegio de Estado, confiscar las fábricas, pagándolas con estas obligaciones y hacerlas trabajar conforme a un sistema de producción para todos. Yo expongo un programa de este tipo, enteramente constitucional, en California; yo le digo al pueblo que no preste oído a esas historias de insurrección y de dictadura, sino que proceda constitucionalmente al ejercicio de sus derechos constitucionales. Yo tengo que interesarme, evidentemente, por saber si hay posibilidad de que un tal programa sea realizado, o si hemos de vernos frente a una insurrección fomentada por el ejército y la clase capitalista. Cuando los jefes y oficiales de nuestro ejército juran guardar la Constitución, ¿piensan realmente en guardar esa Constitución? Y si el mismo juramento es prestado en cualquier país extranjero, ¿cómo es que la simpatía de un teniente general del ejército, se inclina, no hacia los elementos constitucionales, sino hacia los que tratan de destruir un Parlamento legalmente constituido?

Sinceramente, UPTON SINCLAIR.

(P. S. Hace tiempo que he remitido esta carta al general Bullard. Hasta el momento no he recibido contestación. Dejo al lector la libertad de juzgar si la merecía.)



Los trabajadores soviéticos saludan al Pueblo español

Al Socorro Rojo de España, secretario general, Vega.

Confirmamos recibo felicitación Pleno Nacional Socorro Rojo España. En nombre nueve millones miembros Socorro Rojo Unión Soviética enviamos saludo fraternal internacional al heroico Socorro Rojo Español, a valientes com-

batientes Frente Popular que defienden causa Humanidad progresiva y avanzada. Expresamos firme convicción vuestra plena y pronta victoria sobre barbarie fascista.

En nombre Comité Central Socorro Rojo Unión Soviética,

ELENA STASSOVA

públicas, y provistas de agujeros de un tamaño suficiente para sacar por ellos los fusiles. Estas barricadas están cerca unas de otras en las calles principales, y más espaciadas en las adyacentes, que desembocan en ellas. El pueblo de Madrid se prepara a defender calle por calle, casa por casa.

Acompañados por los pastores protestantes de Madrid visitamos los barrios y suburbios bombardeados por los aviones. La devastación es superior a lo que se puede decir. En Tetuán, barrio proletario al Norte de la ciudad, cientos de casas han sido reducidas a escombros, y la gente vive como puede entre las ruinas. Algunas familias viven en las estaciones del Metro.

El espíritu del pueblo y la moral de la ciudad son maravillosos. Soportan todos los horrores con una serenidad admirable. El sábado por la noche empezó el bombardeo por la artillería pesada, y el domingo por la noche, cuando dejamos Madrid, todavía continuaba.

Mr. Carter dice que la evacuación de Madrid se hace tan lentamente, que todavía quedan allí gran número de niños. Hay muchas guarderías infantiles distribuidas por diferentes sitios de España. Pero es horrible pensar que todavía quedan muchos niños en la capital. Le impresionó mucho el valor sereno y la dignidad heroica con que los madrileños soportan tanto desastre.

Como la carretera directa a Valencia está bajo el fuego de los cañones enemigos — aunque no en poder de ellos —, la expedición tuvo que dar un rodeo para regresar a la ciudad donde hoy reside el Gobierno.

Mr. Carter dice que, a pesar de la importancia de la toma de Málaga, el pueblo de Valencia no la considera como un golpe irreparable. Aún mientras España permaneció unida, estaba dividida en regiones con características

tan fuertes y diferenciadas, que pugnan por desprenderse unas de otras y cobrar vida propia. Si Madrid cayera, la guerra no habría terminado. La toma de Málaga significa que Valencia debe prepararse más a fondo.

Toda Inglaterra converge en Londres o en Manchester; pero no es este el caso de Madrid. España luchará hasta el último momento. Esta opinión mía está basada en numerosas conversaciones que tuve con personas de todas clases, incluso con miembros del Gobierno español y del Gobierno catalán.

Hemos oído repetidas veces, incluso la hemos visto reproducida en la prensa una frase pronunciada por mister Eden: «España tiene que ser libre para decidir de su propio futuro.»

Todo el mundo daba por seguro que la toma de Málaga había sido posible por la ayuda extranjera a los rebeldes. Los españoles se irritan ante la invasión extranjera de voluntarios, que están haciendo de España una especie de viveros para su ideología. Quieren ser libres para decidir su destino político futuro.

Vuelvo con el convencimiento de que hemos hecho una cosa mucho más importante que la que pensábamos hacer cuando marchamos, con el objeto de estudiar el estado de la Iglesia protestante en España y de hacernos cargo de los deseos de nuestros representantes en ella, al mismo tiempo que les llevábamos un mensaje de conformidad y resignación ante los acontecimientos. Estamos seguros de que los cristianos británicos están estrechamente unidos a los cristianos españoles; y esta seguridad nos emociona profundamente. Traigo también una profunda simpatía por el pueblo español y un ardiente deseo de encontrar el modo de que cesen sus grandes sufrimientos actuales.



EL VALOR DE LA POBLACION MADRILEÑA

Impresiones del Reverendo Henry Carter.

El Deán de Rochester, Rev. Henry Carter, secretario del Methodist Social Welfare Departement, y Mr. Pery Bartlett, de la Society of Friends, que salieron de Londres para España el 29 de enero último, en unión de otros tres miembros de la Iglesia, incluyendo entre ellos al Deán de Chichester, han regresado recientemente a Londres.

Visitaron a los miembros de las iglesias protestantes de España y estudiaron la situación religiosa durante la guerra que se está llevando a cabo. Mr. Carter, contando sus impresiones a un representante del *Manchester Guardian*, dijo que una parte de la expedición visitó Barcelona y Valencia; otra parte fué a Bilbao, y él, obtenido el debido salvoconducto, fué a Ma-

drid en automóvil. Estas son sus impresiones:

«Llegamos a Madrid el sábado por la mañana temprano. La heroica ciudad acababa de despertar, se preparaba para renovar el ataque que había de comenzar con el día. Lo primero que nos impresionó fué el gran número de barricadas que llenan sus calles, hechas con los adoquines de las vías

En defensa de nuestros niños

El problema de los niños en este momento es uno de los más importantes y urgentes de la retaguardia cuando la barbarie fascista no vacila en bombardear ciudades abiertas, guarderías de niños y carreteras por donde huyen los evacuados, causando la muerte de centenares de niños que son las víctimas más inocentes de esta terrible guerra desencadenada por los traidores de nuestro país.

El S. R. I., por sus tareas—ya que el cuidado de los niños ha sido siempre una de sus principales tareas—, por el espíritu altamente humanitario que caracteriza toda su actuación y por el deber sagrado que tiene de cooperar con el Gobierno de la República a ganar la guerra, considera que el problema de los niños es uno de los problemas más agudos de la retaguardia. Este problema no consiste sólo en recoger a los niños evacuados y de los combatientes, en organizar guarderías, en entregarles ropas y alimentos, etc. Hasta ahora, es cierto, se consideraba que llevando a los niños a las regiones de la retaguardia se les ponía a salvo de los bombardeos, pero hoy vemos que ya no existe ningún rincón de España que pueda considerarse seguro de los ataques de la aviación o de la flota fascista. Basta recordar el último ataque aéreo en Albacete la noche del 20 de febrero o el bombardeo de Valencia el 14, donde los obuses de los barcos fascistas caídos en el Hogar Infantil del S. R. I. de la calle de Cuarte hirieron a varios niños.

En vista de todo esto, es deber de todos nosotros, del Gobierno, de las organizaciones y de todos los antifascistas cooperar a la mejor solución que se nos ofrece para salvaguardar la vida de los niños.

¿En qué consiste esta solución? Esta solución consiste en el envío de los niños al extranjero. Sabido es que desde los primeros días del comienzo de la guerra, junto al envío de víveres, ropas, medicamentos, etc., las organizaciones antifascistas y los antifascistas de todo el mundo han venido a ofrecer su hospitalidad para nuestros niños. La preocupación para salvaguardar la vida y para contribuir a su bienestar ha sido, sin duda alguna, uno de los rasgos más conmovedores de la solidaridad internacional que nos han ofrecido los antifascistas de los otros países. En casi todos los países se han creado Comités especiales para recibir a los niños de los combatientes y de los que han caído en los frentes luchando por la causa de nuestro pueblo; se han reunido fondos especiales para organizar en los distintos países colonias infantiles; millares y millares de familias en Francia, Bélgica, Noruega, en la U. R. S. S., etc., han expresado el deseo de alojar en sus casas a los niños españoles. Delegaciones de varios países han venido a España para ofrecer su cooperación a esta noble tarea. De todas partes del mundo han surgido como un clamor las invitaciones generosas y de inmensa ternura en favor de nuestros niños, a los

cuales se les ofrece un hogar tranquilo lejos de los horrores de la guerra, una alimentación abundante y el cariño que emana no sólo de un sentimiento humanitario, sino también de la simpatía que los antifascistas de todo el mundo sienten por nuestra causa.

Nosotros tenemos el deber de iniciar una amplia labor de propaganda y de convencimiento entre toda la población, y particularmente entre las madres, para hacerles comprender la conveniencia de enviar sus niños al extranjero. A las madres o padres que hacen resistencia, que "no quieren separarse de sus hijos", hay que hacerles ver su gran equivocación; hay que recordarles el peligro de que por no querer separarse de sus hijos hasta que termine la guerra, corren el riesgo de perderlos para siempre, asesinados por la metralla fascista.

Hagamos esta obra de convencimiento, explicando a las madres que el instinto cerrado de no querer separarse de sus hijos, así como la obstinación de no querer salir de Madrid para estar cerca de sus hombres en el frente, en el fondo tiene mucho de egoísmo ("hay cariños que matan"); y que el verdadero cariño debe encontrar su expresión más alta en hacer todo lo necesario para garantizar el bienestar de los suyos, tanto más si al mismo tiempo esto facilita a nuestro Gobierno el resolver uno de los problemas resultantes de la guerra.

CARMEN RUIZ

Una Escuela en Valencia

He visto tantos rostros trágicos de niños muertos por los aviones en las calles de Madrid, que he sentido necesidad de ir a visitar a los pequeños de semblante estupefacto o tristes, para olvidar esta visión de pesadilla.

Entonces atravesé el Turia y me fui a ver la escuela que dirige Carmen Jiménez, joven sevillana, desbordante de actividad y de comunicativa alegría.

—La escuela no funciona sino después de octubre—me dijo ella—, y, naturalmente, faltan muchas cosas, cosas que hemos tenido que improvisar esperando tiempos mejores.

Lo que me ha impresionado al entrar aquí fué el establecimiento, que se eleva en el fondo de un jardín; no tiene todavía el aire de una escuela. Lo cual, a mi ver, es un bien.

La joven directora me muestra programas; me dice que la enseñanza se divide en ocho grados y que 650 niños y niñas de diferentes edades vienen aquí todos los días a iniciarse en los misterios de la ortografía y de la regla de tres.

—¿Vamos a ver los chicos? Comenzamos por los más pequeños. En la gran sala de cristales se sientan, en redondo, en sillas minúsculas. En el centro del círculo se levanta la maestra, una jovencita risueña que organiza los juegos.

Por el momento no se juega. Los menores de cuatro años tienen entre las manos libros de imágenes. Muchos los miran al revés.

Un chico de aire malicioso me mira un instante y se precipita hacia el fondo, donde hay un encerado negro.

De tres rasgos certeros dibujó un barco sobre un mar tumultuoso, y, satisfecho, regresó a su asiento.

En Valencia se habla continuamente del «Komsomol». ¿Ha sido esto lo que ha herido la imaginación del joven artista?

En la clase siguiente se aprende a leer y a escribir. Las tiernas frentes se arrugan y se inclinan sobre el cuaderno de escritura. Mi llegada les sirve de escape.

La maestra me presenta al responsable de la clase. Ha sido elegido por sus camaradas; es el mejor discípulo; si la institutriz se ausenta, es él quien la sustituye. Parece que este sistema, que consiste en considerar a los niños como pequeños hombres, da excelentes resultados.

Cuando llegamos a los «grandes» vamos a dar al fin de un curso de Física. Yo pido que terminen y espero pacientemente... la hora del recreo.

Los discípulos llevan, en general, un pequeño delantal blanco. Están todos muy limpios, pero la directora me confiesa que no es siempre así, sobre todo en los días de lluvia.

Al fin se termina la clase, y los niños se levantan para ir a jugar. Corren y se persiguen unos a otros, como hacen todos los niños; gritos estridentes se mezclan a grandes explosiones de risa. Todo en ellos revela la despreocupación, el placer de jugar entre dos clases en que hay que escuchar pacientemente y permanecer sentado y obediente.

Sin embargo, la mayoría de estos niños son refugiados venidos de Madrid. Se esfuerzan aquí por hacerles olvidar las atroces visiones que han

pasado ante sus ojos espantados.

Se les abre los ojos sobre el mundo de los hombres, de los animales y de las plantas. Su inteligencia trabaja y su memoria almacena elementos nuevos, mientras los «otros» se estufan.

Aquí todo ha sido concebido para sacar el mejor partido del material de que se dispone, y de los hechos ante los cuales nos encontramos.

Más adelante, los maestros que se batan en el frente, las maestras que se ocupan de organizar la evacuación de los refugiados o que hacen de enfermeras, volverán a ocupar sus puestos.

Más adelante será posible trabajar en la paz, factor esencial para una buena educación de la infancia.

Lo que yo acabo de visitar vendrá a ser, sin duda, un establecimiento en que los niños habrán de recibir una enseñanza racional, según la voluntad de la directora y de los Poderes públicos.

Yo desearía solamente que no se olvidaran las primeras escuelas del Frente Popular ni los que fueron sus iniciadores, pues trabajaron con más fe que medios técnicos y sustituyeron la insuficiencia de material escolar con una inquebrantable devoción.

Y luego, para mí, estas escuelas seguirán siendo los establecimientos donde muchos pequeños inocentes, escapados de la bomba o del obús criminales, encontrarán, a la vez que una atmósfera y unas ocupaciones adecuadas a su edad, la facultad de olvidar, la facultad de reír.

Roger KLEIN



CAMPOS DE CONCENTRACION EN ALEMANIA

UNA IGNOMINIA EN EL CORAZON DE EUROPA

¡Campos hitlerianos de concentración! Ignominia ostentada por el régimen pardo, y ostentada impudicamente, con escalofriante impudencia de leproso. El atributo no puede ser más infamante. Es uno más entre los atributos cuya infamia define el Moloch fascista.

Pero, en esta ocasión, no se trata tan sólo del hecho en sí: los 112 campos de concentración, dicho con más rigor: los ciento doce infernos creados por la satánica imaginación nazi. Se trata de algo más. Nos referimos a una encuesta publicada el pasado 3 de diciembre por una revista hitleriana: el «*Illustrierte Beobachter*». Aquí la crueldad, pura y simple, acompaña el regocijo en la propia crueldad, el regosto sádico, la diligencia por justificar, incluso por magnificar tal regocijo, los sofismas y las imposturas que apuntalan tamaña justificación. En suma, la encuesta, con sus filosofemas sociológicos, escala las cumbres del cinismo. Mejor diríamos: el cinismo fascista se ha superado a sí mismo.

LA SEVICIA PUESTA EN SISTEMA

¡Lugares malditos los campos de concentración! Un Dante redivivo hallaría en esos presidios visiones y emociones, acopio de cuerpos convulsos y terribles alaridos para enriquecer, si cabe, la gama del dolor humano. Allí se dan cita los horrores de la tortura y la protervia de la servicia, el suicidio, el asesinato, la esterilización no pocas veces, y en ocasiones la emasculación. Y, como en Dite, la ciudad infernal, a quien traspasa los umbrales, fuerza le es abandonar toda esperanza. No hay lugar a la huida. Una alambrada eléctrica circunda todo el campo. Múltiples torres, asiento de ametralladoras, aseguran la cautividad del forzado. Todo allí está custodiado, fiscalizado, movido por la brutalidad y la diligencia de esos canchales que custodian el Estado nazi: las Secciones de Seguridad.

Al forzado no le asiste derecho alguno. Un deber, en cambio, se le impone categórico: Aceptar mansamente, sin reserva alguna su propia deshumanización. Y ¡ay de quien no lo acepte! Allí están para espolear la tibieza en la obediencia, cuanto más para domeñar la inobediencia recalcitrante, todo un sistema de crueldades envilecedoras. A los procedimientos tradicionales, la bofetada, los vergajazos, la celda de castigo, se añaden tormentos más refinados, más diabólicamente sañudos, más espantosos que la muerte misma. En este respecto,

la imaginación nazi aparejó el dolor con el ludibrio. Sus engendros rezuman diabólica perversidad. Sean ejemplo miles de testimonios. Quiénes, en los días más áspers del invierno, están obligados a chapuzarse en una charca, y así, ateridos, empapados sus ropas, continuar su trajín de galeotes. Quiénes, a paso gimnástico y cargados con un bloque, son forzados a recorrer grandes distancias.

A otros se les amarra a un árbol, recientemente, las manos atrás, en forma tal que la víctima se ve precisada a mantenerse en pie, a modo de bailarina de ópera, terso el empeño y apoyada en el dedo gordo. Tampoco faltan casos en que se llega a lo absoluto del sufrimiento y del escarnio. Ejemplo: a un prisionero, condenado al vupuleo, se le fuerza a contar en alta voz los latigazos que recibe. O bien obedece la orden, o bien se le vupulea hasta caer desmayado o exangüe.

Tan trágica disyuntiva no siempre se le ofrece al prisionero. A su cabeza la amaga también, constante, la posibilidad de la última pena. Una estadística: hasta mayo de 1936 han sido condenados a muerte 135 entre hombres y mujeres. Muerte por guillotina, por estrangulación o por fusilamiento? Nada de eso. El hitlerismo, en su afán de teatralidad y de regresión histórica, impulsado por su teoría del aterramiento colectivo, puso en práctica con 63 de esos desgraciados un procedimiento tan anacrónico como repulsivo: la decapitación: el hacha feudal trocada en símbolo del sistema penal nazi.

Las cifras apuntadas no explicitan toda la verdad a este respecto. Meneguado pasto sería para la voracidad sanguinaria del nazismo. Muchas más son las víctimas inmoladas. Hasta el pasado año ascienden a 10.000 los sacrificados, y sacrificados por obra ya del asesinato, ya de una invitación al suicidio. Trágica novedad en la historia: al condenado se le invita capciosamente a veces, a veces crudamente se le conmina a que sea el verdugo de sí mismo. Algo sabía de estas cosas el heroico Hans Beimler.

LA INVITACION A LA MUERTE

A continuación, y en compendio, transcribimos algunos diálogos entre la víctima y sus victimarios. Son los momentos culminantes de una escena vivida por un ex forzado y relatada por «*Die Volks Illustrierte*», enero, 6, 1937.

Hosco, el asesino bramó:
—¡Fuera!
Y con feroz brutalidad me lanzó en la celda número cuatro.

Terrible momento. Fué el más emocionante de toda mi vida. Un charco de sangre. A mis pies estaba un cadáver: el de mi compañero Fritz Dresel. Mostraba en el antebrazo tres ta-

jos, por donde la vida se le había ido paso a paso. A su vera, en el suelo, se hallaba el cuchillo ejecutor. Entonces comprendí muchas cosas. Al difunto se le había intimado noche

y día, casi con sañudo hostigamiento, no es para que veas a tu amigo, al suicidio. Habló el asesino: —¡Así, así! ¿Has visto ya cómo, ya ves: no era tan gallina. Tenía hace?... No lo olvides: si te he traído coraje que tú, ¡cobarde cochino!

Aparece el comandante y me conmina: —¿Qué, te has convencido ya? Mira. Te voy a decir una cosa. Ahora son las tres. Te doy de plazo hasta

las cinco. Si a las cinco no te has despachado te despacharemos nosotros.

El comandante y el guardia abandonaron la trágica celda. Me quedé solo.

A las cuatro se presenta de nuevo el asesino de Steinbrenner:

—He oído decir que quieres ahorcarte. ¿Es cierto? A mí me es igual: puedes elegir el procedimiento... ¿Tan cobarde eres para no echar mano del cuchillo?... ¡Eres un cobarde, y además un tonto!

Me muestra una cuerda y, con ademán terriblemente significativo, añade en fingido tono de amistosa persuasión:

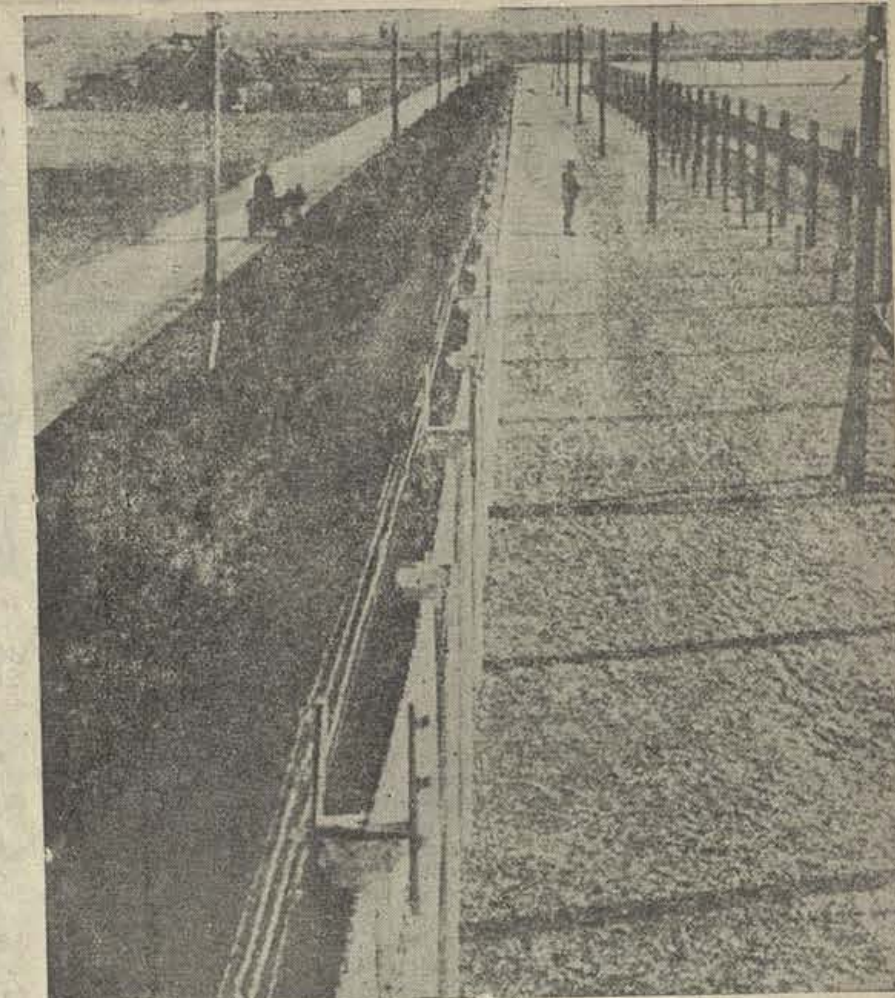
—Mira. ¡Así se hace cuando uno quiere ahorcarse!

EL TRAGICO DILEMA

Ya sabe el destino que le aguarda al que no cumpla en la ética y la política hitlerianas. Un campo de concentración le abre sus puertas. Y, al punto, un guardia nazi le endereza la inmundicia y la hostilidad de sus modales. «¡Puerco judío, marrano!» Es el saludo de ritual, la nueva cortesía creada por la civilidad del fascismo.

Aquí la palabra «judío» tiene un significado las más de las veces no precisamente racial, casi siempre revolucionario y, desde luego, siempre anti-hitleriano. Porque en los campos de concentración ni todos son comunistas, ni todos son «judíos» revolucionarios. Judíos hay en ellos cuyo crimen consistió en amar a una mujer o ser amado por ella. Hay además luteranos reacios al neopaganismo ario, nazis indisciplinados, católicos, conservadores, socialistas. En su diversidad, todos ellos tienen un denominador común ideológico: su antinazismo.

Los más de los forzados son, con gran frecuencia, intelectuales. De ahí que para ellos la libertad sea lograda a un precio terriblemente elevado: la renuncia absoluta a su propia ideología, a todas las conquistas liberadoras de la personalidad, desde el Renacimiento racionalista hasta la Enciclopedia materialista, desde Robespierre a Lenin. Y es que Hitler sólo admite la siguiente disyunción: ya el acatamiento servil a sus principios, humanos y divinos, ya la pérdida de la libertad o de la vida. Hitler no quiere ciudadanos, hombres que, directa o indirectamente, tomen parte activa en las funciones públicas. Quiere súbditos, vasallos, simples sujetos del impuesto, meros instrumentos de sus ambiciones personales y partidistas. Toda su demagogia, con todas sus imposturas, no es poderosa a velar la verdadera realidad alemana. Para Hitler y su camarilla los otros



connacionales deben ser, son lo que para Richelieu era, en sentido peyorativo, el campesino francés en aquel entonces: «la mula del Estado».

No es sólo esto lo más grave, aun siéndolo en tanto grado. Con su epiléptica truculencia, pese a su xenofobia y megalomanía, Hitler viene a ser preciado instrumento de la Internacional blanca. Y de esta Internacional ya sabemos qué es, a qué fines aspira y qué medios espantosos utiliza. Vorazmente insaciable, taimada y rencorosa se revuelve como pulpo cilíptico en punto de dilatar sus tentáculos, en afán de agarrar con ellos el mundo todo. Sigue los pasos de su auténtico antecedente histórico: el llamado «legitimismo» cuando la centuria XIX, esto es, aquella coalición de los príncipes contra todas las instituciones y doctrinas liberales. El fascismo declaró la guerra a cuanto signifique liberación, tolerancia, equidad, solidaridad, simple clemencia.

Ello supone que los campos de concentración son algo más que una página de la historia alemana. Aquí estriba el peligro: el peligro que ofrece la cizaña al proliferarse en los trigales. Innumerables campos de concentración poblarían a Europa si Hitler y los suyos dieran una dentellada mortal a las democracias europeas. Desde la cruzada contra los albigenses hasta la actual guerra española, el terrorismo blanco se ha caracterizado siempre por sus métodos de inhumanidad radical. Las represiones señoriales han sido en todo lugar, a lo largo del tiempo, más exterminadoras que las subversiones populares.

Tales premisas conducen a la siguiente conclusión práctica. Ante tamaño enemigo sólo caben dos alternativas: ser o no ser. ¿Qué optimista podría creer en una tercera? El fuera del vergajo y de la bayoneta: he ahí el único fuero que el fascismo pone en vigencia con el adversario.

Eugenio F. DE LA PUMARIEGA

¡Por la libertad de Prestes!

Luis Carlos Prestes, presidente de la Alianza Nacional Libertadora del Brasil, va a ser juzgado por un Tribunal de excepción. Su vida está en peligro inminente. El fas-

cismo brasileño, con Vargas a la cabeza, dirigido por el fascismo alemán, italiano y japonés, que codician y están ya aprovechando las inmensas riquezas del Brasil, intenta cebarse en la vida de uno de los genios populares más grandes que haya producido América. La Alianza Nacional, disuelta por el Gobierno, pero entera en el corazón de la inmensa mayoría del pueblo brasileño, pide ahora angustiosamente al mundo que salve a su jefe. La España de las libertades populares, que sufre en este momento la sangrienta acometida de los mismos elementos que han hecho posible y sostienen la tiranía de Vargas, ha de unir su voz y su corazón a la del mundo, que pide la liberación del gran militante brasileño. ¡Por la liberación de Prestes!

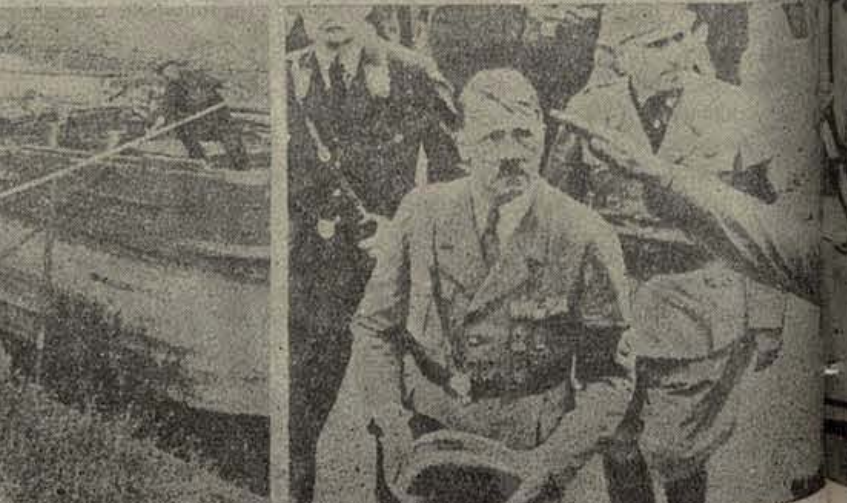


Esto es el Fascismo



y campos de concentración para

oprimir al proletariado



HAMBRE, MISERIA, EXPLOTACIÓN

TRABAJOS FORZADOS

Montaje de YES

NUESTROS HÉROES

Horacio Argüelles

En el frente de Asturias, luchando por la reconquista de Oviedo, ha muerto Horacio Argüelles. Ha muerto un gran corazón, un alma fuerte, un pedazo de voluntad popular.

Horacio Argüelles era uno de aquellos hombres de hierro que en octubre del 34 defendieron la primera gran conquista de las masas revolucionarias españolas contra el ejército de la reacción vaticano-fascista. Fue uno de los forjadores de la unidad proletaria, lograda dentro del fuego del combate.

Allí comenzó la verdadera unión de los trabajadores españoles. Allí comenzaron a olvidarse las diferencias sindicales y políticas, para fundir a todos los oprimidos en un solo frente, en el frente que llevaba en su bandera el lema de Unión de Hermanos Proletarios.

Horacio Argüelles era un militante de la C. N. T. En Asturias convergieron entonces todos los caminos, las rutas paralelas, de los trabajadores españoles. Asturias fue el primer gran grito de guerra liberadora y el primer gran abrazo de todos los que sufrían las cadenas de un sistema de opresión, redivivo en los traidores y aprovechados de la República. Horacio Argüelles fue uno de los que más

han luchado, después de aquella epopeya, por la inteligencia y la solidaridad entre todas las fuerzas antifascistas.

El S. R. I. tuvo en este militante de la C. N. T. uno de sus más fieles amigos y colaboradores. Nuestra organización le facilitó, como a otros muchos, el camino hacia la Unión Soviética cuando el asesino Doval andaba por Asturias rastreando la sangre vertida por los mártires de las minas, obligados a huir ante las hordas de bandidos moros y mercenarios. A su vuelta formó parte del Congreso de la Solidaridad, que preparaba el Socorro Rojo Internacional, en unión de los 119 emigrados que regresaron con él, y de Javier Bueno, Margarita Nelken, etc.

Muy querido entre sus compañeros de la C. N. T., y, en general, entre todos sus compañeros de clase, luchas y trabajos, Argüelles sintió acaso antes y más hondamente que los demás la fuerza de la solidaridad frente al enemigo común, y trabajó cuanto pudo por reforzarla, interviniendo en mítines organizados por el Socorro e influyendo de modo particular en cuantos le rodeaban en favor de la ayuda mutua y la unidad de acción de todos los partidos y organizaciones.



Luego, cuando estalló la sublevación, Horacio Argüelles, que se hallaba en Asturias, en su Asturias, fue de los primeros en tomar las armas nuevamente contra la misma casta de privilegiados, los mismos moros y los mismos mercenarios que había combatido en octubre del 34. El silencioso combatiente que había contribuido a la toma y defensa de Oviedo volvió a ofrecer su vida y su capacidad de militante para la reconquista de la capital de los trabajadores asturianos. Las balas enemigas nos han arrebatado esa vida preciosa; pero jamás podrán arrebatarnos su ejemplo. Este crece sobre su tumba de héroe, de trabajador y de hombre generoso.

Primero, su hijo; luego, su anillo de boda

Usted ha ofrecido, camarada, su hijo a la causa del pueblo. En la 34 Brigada le quieren y le consideran como uno de los combatientes más jóvenes y valientes. Usted le vio partir un día hacia el frente de combate, con serenidad y abnegación. Le había criado y educado usted con un amor grande para que algún día fuera útil a su clase, al bienestar de todos. Y le ofreció sin vacilación y sin egoísmo, en el momento en que la España de los traba-

adores le necesitaba. Dió a la causa su más entrañable tesoro: el brazo combatiente de un hijo.

¿Qué más podía dar usted? ¿Qué otra cosa se puede pedir a una madre trabajadora? El dinero de los ricos formaba un brillante cerco que ahogaba en hambre su barrio, su hogar. No había en su casa otros bienes materiales con que contribuir al refuerzo de nuestra lucha. Pero en un rincón de esa casa humilde guardaba un pe-

queño objeto que valía más por lo que simbolizaba que por el oro de que estaba hecho; su anillo de boda, un anillo de oro. Era un recuerdo, una cifra de sentimientos, de emociones, un pedazo de su alma. Y eso también lo ha dado usted, por medio del Socorro Rojo Internacional, a la misma causa por que combate su hijo.

¡Con profunda emoción agradece el S. R. I. este generoso donativo de una madre del pueblo!

La Guardia Nacional Republicana

La Guardia Nacional Republicana, que nació a impulsos del movimiento subversivo que engendraron aquellos militares que olvidándose de los elementales deberes que prometieron cumplir bajo una palabra de honor mal entendida, ha sabido siempre contribuir al esfuerzo que el pueblo antifascista, la masa proletaria y todos los que integran las filas de los que luchan por liberar a nuestra Patria del yugo fascista internacional, vienen contribuyendo sin regateo alguno a todas las suscripciones que se han ini-

ciado por el Frente Popular para remediar, con su personal esfuerzo, el colectivo que se realiza por la masa popular para subvenir a las necesidades que contraen las de la guerra.

Institución nacida del pueblo y para el pueblo, no puede estar ajena a las obligaciones que le están impuestas a los que sienten los impulsos del movimiento popular de un país que quiere verse liberado de las bues-tes que predicán la destrucción, la miseria y el oprobio.

Así, pues, entre los componentes de

la Institución se han iniciado varias suscripciones para engrosar las abiertas en pro del Socorro Rojo Internacional; y la última realizada entre las filas de los camaradas que integran este Cuerpo ha llegado a alcanzar la cifra de doscientas veintinueve mil seiscientos sesenta pesetas setenta y cuatro céntimos (229.660,74), que con fecha 18 del actual, previo cheque expedido por la Inspección general, con cargo a su cuenta corriente, ha sido entregada por el camarada presidente del Comité Central.

UN NUEVO EXITO DEL SOCORRO ROJO INTERNACIONAL

El S. R. I., siempre atento a las necesidades que han impuesto las circunstancias actuales, en magníficos esfuerzos se ha superado incontables veces, consiguiendo indudables ventajas para las masas populares, fuertemente vinculado con su estructura y fines y en diferentes estilos y aspectos.

Uno de sus últimos éxitos consiste en la implantación de una gran emisora de radio, que con onda de 42,30 metros de longitud, y diariamente de seis a ocho de la tarde, lleva de igual modo a los camaradas que gozan de libertad y justicia en territorio leal, como a los que sufren, momentáneamente, el yugo de la reacción, su solidaridad humana y espiritual ayuda, lanzando al mundo entero sus afanes por la digna y justa causa antifascista.

En un alarde de organización, e in-

fatigable trabajo, además de sus emisiones diarias, como son: la del combatiente, el día regional, la dedicada a la mujer, el día infantil y la emisión internacional, ha celebrado otras extraordinarias, como fué la realizada a últimos del pasado mes de febrero, dedicada al combatiente, consiguiendo reunir ante su micrófono en una misma noche al ilustre general Miaja, comandantes Carlos, Cuevas y "el Campesino", tenientes coroneles Ortega y Heredia, comisarios políticos Regler y Nicoletti, y al comisario general de Guerra del centro, camarada Antón.

En sus emisiones ordinarias han intervenido entre otros el gran pintor y revolucionario mejicano Alfaro Siqueiros, José Antonio Balbontín, el afamado cronista Diego San José, el diputado Miguel San Andrés, Marga-

rita Nelken, los comandantes Cayo y Lister, además de varios médicos en charlas sanitarias, mujeres antifascistas y camaradas evadidos del campo fascioso.

El S. R. I., organización obrera, donde tienen cabida todos los partidos que siguen una política antifascista, continúa con éxito, una vez más, su esforzada actividad. En justa consecuencia y lógica reciprocidad, todos los hombres de conciencia libre estamos obligados a alentarle en su magnífica actuación, con especial atención y cooperación eficaz, contribuyendo de este modo a conseguir en fecha cercana la realización del anhelo común de todos los españoles verdaderos, que es, en suma, una nueva España, plétórica de justicia y libertad.

LUIS G. DE MOLINA

DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial de Madrid del día 26 de Febrero al 4 de Marzo de 1937

Pesetas	Pesetas
Consejo Obrero del Cine Madrid-Paris	139,65
Agrupación de Empleados Sanitarios	100
Compañía de Ametralladoras. Tercer Batallón, 21.ª	
Brigada Mixta	325
Cinco camaradas del Servicio de Vigilancia	112,50
Laboratorios "Donone"	251
Primera Compañía, 21.ª	
Brigada	288,10
Talleres de Sondeos y Cementaciones	377,80
Luis García	300
4.ª Batallón, 21.ª Brigada Mixta	230,65
Marciano Gómez	146,60
Camaradas (fallecidos). Columna Internacional, Batallón Edgar André	380
Heridos de Alta Torre, Columna Internacional	120
Regimiento de Caballería	3.210
Comisario de Guerra, Primer Batallón, 24.ª Brigada	100
Personal de Unión Bolsera Madrileña	1.205,25
Comité de Servicios contra Incendios	125
Talleres de Iglesias	137,25
Batallón André Marty, 12.ª Brigada Móvil (Brigada Internacional)	2.268
Capitán Manuel Augusto, 12.ª Brigada Móvil (Brigada Internacional)	500
Camaradas Estado Mayor de la Brigada Móvil (Brigada Internacional)	930
Camaradas de la 12.ª Brigada Móvil (Columna Internacional)	839
Batallón Garibaldi, 12.ª Brigada Móvil (Brigada Internacional)	376,40
Batallón Thaelmann, 12.ª Brigada Móvil (Brigada Internacional)	465
Personal de la Papelera Española	106,10
Un camarada	100
De varios particulares	650,05
Alcaldía de Madrid	25.000
Asociación Femenina de Vi-	
llafranca (por el general Miaja)	200
Empleados del Hotel Mediodía (por el general Miaja)	332
DONATIVOS RECIBIDOS POR EL COMITE EJECUTIVO DEL SOCO. RRO ROJO	
Pesetas	
Instituto de Carabineros ..	2.000
Taller femenino de Benitusen	147,30
Ministro de la Gobernación ..	100
Francisco Galán	1.680
Mis Pye y mis Perry	100
Ministerio de Estado	25
Trabajadores de la Tierra, de Cuatell	22,50
Sociedad Femenina (Unión General de Trabajadores), de Cuatell	200
José Fornali	400
Germán Cubo	446,40
Subalternos de Reforma Agraria	127,45
Beneficio teatral de Villamerchante	125
Matilde	100
Juan López	34
F. Velasco (evadido de Córdoba)	10
Tres niños evacuados que encontraron en la calle un billete de 10 pesetas ..	10
Donativos diversos	915,60
TOTAL	6.443,25

SORTEO DE UN CUADRO EN FAVOR DE LOS PRESOS Y FAMILIARES DE LOS ANTIFASCISTAS CAIDOS EN CAMPO FACCIOSO

El grupo "Antonio Coll" del S. R. I. (Sección Oeste), en combinación con la Lotería Nacional, y a beneficio de los familiares de los caídos en zona rebelde, rifará un cuadro pintado al óleo por el camarada Tomás Martín, alegórico a la ayuda recibida de Rusia y Méjico. El agraciado será el poseedor de los cuatro números iguales a los cuatro últimos del premio mayor del sorteo de 21 de abril de 1937. Caduca al mes de la fecha del sorteo. A recoger en la Sección Oeste del S. R. I. Precio, 25 céntimos.

VISADO POR LA CENSURA



VIDA NUEVA

De nuestro Concurso de Cuentos infantiles)

1

Fidel logró alcanzar el tope de aquel tranvía—repleto de carne humana—que iba a los Cuatro Caminos. Conocedor de la materia, se instaló tan cómodamente en el tope como hubiera podido hacerlo en un sillón.

Mientras el conductor del tranvía tocaba el timbre con insistencia—signo exacto de velocidad—, Fidel desenrollaba su pañuelo y contaba unas monedas. Eran pocas, pues la venta de periódicos había sido pequeña, y su ganancia no llegaba a una peseta. Lo sentía, porque su tío—cara gorda, nariz roja—le pegaría al llegar a la casa en que ambos vivían; lo sentía, porque los cardenales que los golpes le producían le causaban dolores cuando, echado sobre una manta en el suelo, daba vueltas para ver si se dormía; lo sentía, porque él quisiera querer a su tío como antes quería a los perros y a los animales, pero no podía. Los golpes le daban rabia y mal humor, hasta el punto de que "Sultán", su perro favorito, no recibía más que patadas de su amo, antes cariñoso y ahora cruel. Pero bueno, después de todo...

Y encogiéndose los hombros con gesto de indiferencia, Fidel se quedó adormecido con el vaivén del tranvía.

2

Una mano que le golpeaba fuertemente en el hombro, le despertó. Era un señor bien vestido, que le reprochaba el ir en el tope.



—Eso está prohibido, ¿sabes? ¡Está prohibido!—le decía.

Fidel se apeó y echó a andar por la calle adelante, sin pararse en los escaparates, que algunas veces—con sus muñecos, con sus dulces—le llamaban tanto la atención. Y es que Fidel, aunque sólo tenía catorce años, estaba pensativo; porque también los niños piensan.

La palabra "prohibido" le recordaba a Fidel otros tiempos. Otros tiempos mejores. Jugaba con "Sultán", su

bonito perro-lobo, que entonces abultaba más que él; jugaba con su padre cuando éste volvía del taller. A veces su padre le paseaba a cuestas por la habitación; otras veces le enseñaba a boxear.

Hasta que un día llegaron unos hombres altos, con bigotes y unas chapas relucientes detrás de las solapas. Registraron la casa y dijeron que su padre tenía propaganda comunista. Y que eso estaba prohibido. Se lo llevaron detenido. Fidel no volvió a ver más a su padre.

Desde entonces Fidel tenía odio a los señores bien vestidos cuando decían de algo que estaba prohibido.

3

La guerra produjo a Fidel dos sensaciones:

Primera sensación: Permanecía entusiasmado horas enteras, viendo desfilar a los milicianos que cantando "La Internacional" marchaban al frente para cortar el paso a la canalla fascista. Muchas veces cerraba con tanto deseo el puño cuando pasaba una bandera roja, que se clavaba las uñas en la palma de la mano.

De tanto gritar "¡Muera el fascio!" estuvo ronco una semana.

Segunda sensación: Los hombres que mataron a su padre por tener propaganda comunista obedecían a los fascistas. Por eso hubiera querido ir al frente para vengar a su padre. Pero no podía: era pequeño.

Lo que sí podía hacer era dejar de vivir con su tío, que, a pesar de ser un hombre, no había cogido el fusil para ir a matar fascistas, para ir a vengar a su padre.

(Por esto Fidel fue llevado a una residencia para niños que había en Valencia, por unos vecinos que le recogieron.)

4

Marujita, la "mascota" de la residencia—tenía seis años de edad, un magnífico pelo rubio y una media lengua encantadora—, salió chorreando agua del mar y se tumbó en la arena para calentarse al sol. A su alrededor los compañeros jugaban y reían; los balones, la arena de la playa y el agua eran los tres principales elementos de diversión. No obstante, Marujita seguía tomando el sol, para ponerse morena como una "altista" del cine. De pronto cesó su quietud.

—Fidel, Fidel—llamó con su media lengua.

Nuestro antiguo conocido Fidel llegó—más alto, más fuerte, tostado por el sol levantino—hacia donde estaba Marujita.

—¿Qué quieres?

—Quiero que juegues conmigo.

Había que complacer a la pequeña mascota. Por ello Fidel se tumbó con ella en el suelo y empezó a hacer castillos con la arena—fina y húmeda—que la playa ofrecía a sus pequeños huéspedes.

5

Después del desayuno Fidel se dirigió hacia la biblioteca. Era ésta una pequeña habitación pintada de azul, llena de estantes que contenían toda clase de libros infantiles: desde los cuentos de "Pipo y Pipa", "Pinocho", "Botón Romperacones"—para los peques—, hasta las novelas de Julio Verne y de Salgari—para los que alardeaban de mayorcitos—.

Fidel pertenecía a esta última categoría, pero no iba allí a leer; iba a trabajar. Le habían nombrado responsable del periódico mural de la residencia, y tenía que leer la Prensa para confeccionar "su" periódico. Llevaba una inmensa carpeta azul con algunos recortes que había hecho ya, y su oreja izquierda se adornaba con un magnífico lápiz. Daba la sensación de que era el dueño de importantes órganos de opinión, y sus compañeros, al verle pasar, le saludaban con cierta timidez.

Un día el periódico mural de Fidel estuvo a punto de provocar un serio conflicto, a causa de unas fotografías que representaban a varios milicianos en las trincheras. Los peques las estaban mirando, cuando uno de ellos le dijo a otro, al mismo tiempo que se metía un dedo en la nariz:

—Mi padre está en el frente y es del 5.º Regimiento.

El que estaba a su lado creyó conveniente contestar:

—Mi padre también está en el frente. Es de las Milicias de "El Socialista".

El primero dejó de hurgarse la nariz, pero insistió:

—Los del 5.º Regimiento son más valientes.

La respuesta fue rápida:

—¡Los de las Milicias de "El Socialista" son unos jabatos!

El ambiente se llenaba de deseos de pelea; eran inevitables los puñetazos; pero Carmen, la maestra de los peques, llegó a tiempo. Enterada de lo ocurrido, llamó a los dos alborotadores.



—¿Vuestros padres pertenecen a las Milicias?—les dijo.

—Sí.

—¿Vuestros padres están en las trincheras?

—Sí.

—Pues entonces no discutir. Los dos son igual de valientes.

Los peques quedaron convencidos, y el 5.º Regimiento y Milicias de "El Socialista" confraternizaron con un fuerte abrazo.

6

A las puertas de la enfermería, un silencioso, pero compacto, grupo de muchachos se apiñaba en revuelto

teñida de sangre,
los ojos vidriados,
los labios exangües,
ya no pude nada,
ya no pude hablarle,
como en otros días
de tristezas graves,
en que mis palabras
sabían curarle.
Ni siquiera pude
besar su cadáver.
Como soy tan niña,
no quisieron darme
la gloria de hacerle
la guardia a mi padre.

Ahora estoy contenta.
Tengo ya mi sable
colgado del cinto,
"mono" azul granate,
botas de campaña,
morrión de combate.
Delante de todos

llevo el estandarte.
Pionera roja,
capitana grande
de la tropa chica,
me han hecho gigante
mis propios hermanos
de asilo. ¡Que nadie
vuelva a echarme en cara
mi niñez inane!
No más lágrimas,
que no laven sangre.
¡En pie, pioneros!
¡Hermanos sin padres!
¡Huérfanos surgidos
del odio y del hambre!
También nuestros puños
sirven de acicate.
Con el puño en alto,
sin miedo a la infame
caterva de monstruos
indignos, cobardes,
que a traición lograron

dejarnos sin padre,
iremos al frente,
si un día los grandes
nos llaman. Haremos
brillar nuestros sables
de papel de plata
con igual coraje
que si fueran llamas
de muerte. ¡Adelante,
compañeros míos!
Cuando lo reclame
con gritos de guerra
la España que nace,
la España que amaron
en sueño los mártires,
la que nos quisieron
legar nuestros padres,
pioneros, cachorros
del odio y del hambre,
daremos por ella
también nuestra sangre.

JOSÉ ANTONIO BALBONTIN



montón, llevados por el ansia de saber lo ocurrido, de conocer lo pasado; debía de ser algo de importancia, ya que había tenido la virtud de hacerles guardar silencio, de hacerles desistir de sus juegos.



Fidel, que salía de colocar el periódico en la sala de charla, se dirigió extrañado hacia el grupo; los más pequeños le dejaron pasar, y pronto se encontró en primera fila, escuchando las explicaciones de Manolo, otro de los mayores, que con Fidel llevaba la dirección de los peques. Manolo decía: —La herida ha sido en la cabeza. Conviene que no metáis ruido, pues a consecuencia de la pérdida de sangre, Marujita está débil. El doctor la ha puesto una inyección, y dice que si no reacciona habrá que hacer la transfusión de sangre.

El grupo se fue deshaciendo lentamente. Fidel, solo y pensativo, tomó la dirección de su cuarto.

7

Marujita, la "mascota" de la residencia, era el encanto de todos. Todos la querían, y Fidel no era una excepción. Por eso la primera intención de Fidel fue ofrecerse sin vacilación alguna al doctor para la transfusión de sangre.

Pero ahora Fidel, en su cuarto, dudaba. Dudaba, porque se acordaba de antes, de cuando su tío le pegaba sin ningún motivo; de cuando en las noches frías de invierno, mientras él vendía periódicos aterido de frío, nadie de los que a su lado pasaban bien abrigados en sus ropas de invierno se acordaba de él.

Dudaba, porque antes, cuando él veía una desgracia, se encogía de hom-

bro egoístamente, quizá porque de él nadie se había preocupado.

¿Nadie? Todos los recuerdos de aquellos meses de residencia se agolparon en su pensamiento. Sí, allí estaba bien, allí era feliz. Habían pasado los tiempos en que Fidel se encontraba solo, abandonado y maltratado. Alguien se ocupaba de él, y ese alguien eran las familias de sus compañeros, eran todos sus compañeros, era la gran familia antifascista.

Fidel comprendió que el compañerismo, la ayuda, la solidaridad, no eran ahora palabras vacías. La indiferencia, el egoísmo, habían dejado paso al interés para aliviar al que padece.

Por ello Fidel, adivinando un nuevo sentir, una nueva vida, dirigió sus pasos, ya sin vacilación, sin temblor, hacia la enfermería.

8

El sol tuesta las espaldas de los pequeños, que, tumbados en la playa levantina, descansan del baño diario: otros, más mayores y, por tanto, menos cansados, juegan y ríen; los balones, la arena de la playa y el agua son los elementos de diversión.

Marujita, ya curada, deja de tomar el sol, y llama:

—¡Papín! ¡Papín!

Nuestro antiguo conocido Fidel llegó—más alto, más pálido por la operación sufrida—hacia donde estaba Marujita.

—¿Qué quieres?

—Quiero que juegues conmigo.

Había que complacer a la mascota. Por ello Fidel se tumbó en el suelo y empezó a hacer castillos con la arena—fina y húmeda—que la playa ofrecía a sus pequeños huéspedes.

Lema: "Finis opus".



PIONERA

Como soy tan niña,
no quiso mi padre,
cuando fué a la Sierra,
que lo acompañase.
Como soy tan niña,
no me atendió nadie
cuando a grandes gritos
reclamaba un máuser.
Si yo hubiera ido
camino adelante,
junto a la "Milicia
de los Indomables",
no habrían podido
matar a mi padre.
Me hubiese llevado,
como en otras tardes
de sol y de fiesta,
por los tomillares,

sentada en sus hombros,
jugando a besarle
la cabeza rubia,
como hacía madre,
antes que los frios
nos la arrebatasen.
Si yo hubiese sido
más fuerte y más grande,
me habrían matado
primero que al padre:
le hubiese servido
de escudo mi carne.
Como soy tan niña,
no pude salvarle.

Cuando lo trajeron
con el pecho al aire,
la camisa blanca



ASI CONQUISTARON ELLOS MALAGA...

Ante nosotros está un soldado fugitivo del campo faccioso. Su evasión tiene un doble mérito, porque lo hizo cuando la entrada del ejército de Queipo en Málaga. En las primeras semanas de la guerra fué arrancado de un pueblito sevillano para engrasar las huestes «nacionales».

Aún está impresionado: su charla es un chorro continuo de palabras. Habla y habla sin descanso. Nosotros escuchábamos al camarada. Y sus palabras las transcribimos como fueron, sin diálogo, como una confesión.

**BADAJOS, SAN SEBASTIAN, TOLEDO
Y... MALAGA**

«Yo entré con las tropas del comandante Castejón en Badajoz. Veníamos desde el Sur, por Mérida. Aún recuerdo aquellas largas horas de combate para entrar en la ciudad del Guadiana. Luchábamos frente a una población casi desarmada, cuyos fusiles estaban siempre disparando contra nosotros. La aviación alemana e italiana voló muchas veces sobre Badajoz y desde las afueras de la capital oímos las continuas explosiones de las bombas arrojadas sobre la población civil y los combatientes. Al cabo de una resistencia tenaz entramos en Badajoz pocas horas después de nuestro ataque inicial. Pero antes de entrar nosotros, una ola de fuego y de hierro nos iba abriendo paso por las calles. Cuando éstas fueron nuestras, comenzó el asesinato organizado. Los establecimientos (principalmente los de la calle de San Juan) fueron saqueados por el Tercio y los Regulares, y en la plaza de toros las ametralladoras de Falange abrieron fuego en abanico hasta que la sangre de más de dos mil españoles empaparon las arenas del ruedo...

Después volvimos por Talavera en dirección a Toledo. En el Norte, Irún y San Sebastián habían sufrido la misma suerte que Badajoz. Hasta nosotros llegaron los detalles de las crueldades cometidas allí. Y cuando entramos en Toledo, aquellas mismas escenas de Badajoz y San Sebastián volvieron a repetirse a orillas del río Tago.

Cuando salió del Alcázar de Toledo el coronel Moscardó, con sus guardias civiles y sus falangistas, Toledo parecía una ciudad de locos. Los prisioneros fueron paseados, moribundos, entre los gritos de los falangistas; las tropas recorrían toda la población rebuscando en las casas... Y en las ca-

llejuelas, el eco de los estampidos de los fusiles estuvieron oyéndose toda la noche. Los heridos del Hospital fueron sacados de sus lechos con las bayonetas fascistas, y trozos sangrantes de sus carnes se juntaron con las banderas tricolores y con los «héroe» del Alcázar en los grupos que recorrían las calles. Aquella noche en Toledo la recordaré toda la vida. Solamente Málaga puede compararse a ella.

SEIS COLUMNAS SOBRE MALAGA

En Marbella nos incorporaron a las tropas fascistas. Desde aquí hasta Málaga, a lo largo de la costa, los pueblitos iban cayendo en nuestro poder sin ninguna resistencia. Calahonda, Fuengirola, Las Chozas, Boliches, Benalbarrena, Torremolinos y, por último, Málaga, atravesando el Guadalhorce.

Los pueblos los encontrábamos desiertos. La resistencia del Ejército del pueblo era tan débil, que los oficiales temían por ello. Pensaban que a las puertas de Málaga habrían de desarrollarse combates durísimos, en los que se iba a decidir la suerte de las columnas. Haciendo un amplio semicírculo, bajaban sobre Málaga seis columnas de varios millares de hombres. Y bordeando la costa, los buques italianos continuaban la ruta que seguíamos por la carretera de Cádiz.

Las seis columnas se acercaban amenazantes sobre la novia del Mediterráneo. Los requetés, los falangistas, los soldados arrancados de los pueblos, las divisiones alemanas e italianas formaban una sola fuerza sobre Málaga.

Nuestra marcha se detenía de vez en cuando. La dinamita era el mejor freno para el avance fascista. Pero los pequeños grupos de dinamiteros se replegaban nuevamente más atrás, y cada vez la distancia a Málaga se acortaba.

LA LUCHA A LAS PUERTAS DE LA CAPITAL

Cuando vimos la silueta de Málaga, nuestra columna recibió la orden de parada, mientras las demás fuerzas se acercaban a la capital. Nuestro avance había sido lento, pero continuo. Nuestros ataques se encontraban muchas veces con resistencias heroicas de pequeños grupos, que morían antes que dejarnos pasar. Y en la carretera asfaltada muchos fascistas quedaron tumbados.

Cuando las otras columnas estaban

más próximas a la capital, recibimos la orden de ataque. Los fascistas se lanzaron sobre Málaga, sobre el rico botín que ofrecía la bella ciudad. Cada uno de los que venían con nosotros iba allí a una cosa. Solamente los soldados sabíamos lo que significaba nuestra entrada en Málaga.

LA DEBIL RESISTENCIA EN LAS CALLES

Cuando ocupamos las primeras casas, en amplios semicírculos, conocimos la verdadera resistencia de Málaga. Eran hijos de allí que no querían abandonar su tierra. Desde los balcones, desde las puertas de las casas, nos recibían los cañones de los fusiles y de las pistolas. Y cuando teníamos que avanzar, el estallido de una bomba de mano nos obligaba a volver grupas. Unos y otros disparábamos casi frente frente.

Cuando el avance era incontenible, ya no explotaba la bomba de mano a nuestro lado. Un hombre, o varios, se lanzaba sobre los facciosos con una pistola o una navaja en la mano. La lucha se desarrollaba cuerpo a cuerpo. Los que habían recorrido el camino desde Marbella a Málaga se habían encontrado ante una resistencia débil. Y cuando los hombres estaban dispuestos a vender caras sus vidas, cuando la lucha exigía el heroísmo y el arrojo, los falangistas y los requetés tenían miedo a dar la cara. Y se parapetaban en los dinteles de las puertas, pegados como lapas a la pared, en espera de que sus secuaces, los del Tercio o los Regulares, diera el pecho en busca del hombre. Entonces ellos salían también de sus refugios, y cuando el hombre estaba moribundo, le remataban cruelmente. Después continuaban junto a sus mercenarios, en busca de nuevas víctimas...

Así se desarrolló la lucha en las calles de Málaga. Poco a poco se adentraron en la capital, haciendo retroceder a los milicianos o rematando a aquellos que no querían dar un paso atrás, aun heridos.

Pero aparte de esta lucha cuerpo a cuerpo, en muchas calles se desarrollaba otra más impresionante. Entonces, los requetés y los falangistas no necesitaban la ayuda de los del Tercio. Tenían los hidroaviones y los tanques italianos. Los tanques avanzaban ligeros en la ciudad. Iban ciegos, porque sus ojos lanzaban fuego sobre la gente que corría en las calles. Y los que hacían frente desde

algún débil parapeto, eran materialmente cosidos a la pared. Sobre ellos miraban las ametralladoras de los tanques italianos, y los centelleos de acero de los balines dibujaban en el cuerpo de los malagueños una raya de fuego de la que pronto brotaba sangre.

Málaga luchó a última hora con el heroísmo que han aprendido los españoles en la Guerra de la Independencia. Mi memoria recuerda con todo detalle aquellos combates en las calles de Pedro Miguel Santos, el Zamorano, la Jara... En toda la ciudad atronaban los estampidos de los fusiles, los reventonazos de los cañones, las explosiones de las bombas, el eco siempre continuo de los potentes cañones de la armada italiana.

DESFILE DE TROPAS EN LA CIUDAD ABANDONADA

Cuando los disparos fueron alejándose poco a poco de las calles de Málaga, la ciudad tenía un aspecto impresionante. Las fachadas de las casas estaban llenas de mordeduras de los impactos. Y en las calles ininidad de muertos yacían boca arriba, boca abajo... De sus cuerpos destrozados salía la sangre. Y de unos a otros los regueros de sangre dividían en pequeñas parcelas el limpio asfaltado de las calles de Málaga. A veces, en algún portalón, varios muertos se apoyaban los unos sobre los otros, con las cabezas inclinadas, como si estuvieran cuchicheando...

Los falangistas iban por la calle con la pistola en la mano, mirando hacia los balcones y asomando las narices por algún que otro portal. A veces oían algún ruido en una casa, y entonces apuntaban hacia allí a la vez que gritaban. Pero por el balcón salía la cabeza de algún moro o algún legionario que estaba saqueando la vivienda. El fascista se tranquilizaba y seguía como si tal cosa, oteando los otros balcones. Poco después el moro o el legionario salía de la casa, con el fusil en una mano, agarrado más abajo del cerrojo, y en la otra mano algún saquito repleto de cosas.

A primera hora de la mañana entramos en Málaga, y durante todo el tiempo hasta el mediodía fueron horas de saqueos, de violaciones, de asesinatos... Se juntaban los italianos, los alemanes, los moros, los mercenarios de todos los países enrolados en el Tercio. Málaga vivió entonces la segunda parte de la guerra: el odio frío y la crueldad sistemática de las tropas de Queipo.

La población civil que pudo huir en los primeros momentos no conoció las horas siguientes a la toma de Málaga. Y de los que quedaron, unos cayeron bajo las pistolas de Falange y otros recibieron una tortura más lenta, llevándolos ante los Tribunales especiales.

En tanto, el resto de las columnas entró en la ciudad. A las doce se preparó el desfile por ellas, y a su paso por la calle de Larios se unieron a los manifestantes los presos fascistas que estaban en la cárcel. Se repitieron entonces los mismos gritos salvajes que

a primera hora de la mañana; para destacar bien la distancia que hoy entre uno y otro mundo, los trescientos presos que formarían el grupo se unieron a los de Falange en la busca y rebusca de hogares antifascistas. Y así pagaron ellos las atenciones recibidas de sus enemigos.

Aquella noche, Málaga vió a los alemanes y a los italianos ebrios de vino, y a los falangistas y a los del Tercio ebrios de sangre.

MIENTRAS... EL EXODO HACIA ALMERIA

¿Qué ocurría mientras en la carretera que iba hacia Almería? Desde primera hora de la mañana, la gente comenzó a salir de Málaga. La carretera se vió ennegrecida por el pueblo malagueño. Los pequeños claros que había eran para dejar paso a algún carro o algún automóvil.

En la confusión que había en Málaga pude confundirme con la población que huía. La gente corría, fuera ya de Málaga, en la carretera que va a Almería. Los tanques salieron más allá de la población, disparando entre las mujeres y los viejos aterrados. Los cuerpos que caían heridos eran aplastados por los tanques, y las mujeres y los hombres abandonaban a los seres más queridos para que cada uno escapase como pudiese.

Ya aquí no se puede seguir la narración de lo que aconteció en la carretera de Almería. Todo era confusión. Los periódicos hablaron entonces de aquello y todo el mundo conoce la persecución sistemática de los hidroaviones fascistas y de los barcos italianos y alemanes. Conoce también cómo los obuses y las bombas arrojadas sobre la carretera explotaban entre seres humanos en huida. Cómo aquella persecución duró horas y horas y cómo los cuerpos muertos o destrozados de los niños eran arrojados al mar por las madres enloquecidas.

Hasta aquí nos ha hablado el soldado evadido del campo faccioso. Lo demás lo conocemos nosotros demasiado bien. Las piezas de artillería despeñadas y los barcos hundidos, antes de entregarlos al enemigo; los trozos de cuerpos humanos sembrando la carretera mártir; la locura de la población que anduvo kilómetros y kilómetros, horas y horas, ante explosiones continuas que iban dejando cadáveres a lo largo del camino. No se pueden precisar con certeza ni las personas que huyeron de Málaga, ni las que fueron asesinadas en el camino. Pero sí se puede decir que Málaga quedó desierta y en la carretera hubo cientos de víctimas del fascismo internacional. Ellas son un grito a la conciencia universal; sus cuerpos destrozados hablan mejor que nadie de la crueldad del fascismo y de la intervención alemana e italiana en la conquista de Málaga. Hablan de las escuadras, de los hidroaviones, de los tanques, de todo el potente ejército extranjero lanzado contra Málaga, la ciudad mártir del Mediterráneo.

Manuel ORETAG